

EL HERALDO DE VEGUETA

Director: Eduardo Reguera PERIÓDICO CULTURAL DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA LUNES, 29 DE JUNIO DE 2020

nº 13

Más heraldos

Podría haberse llamado "Diario de Vegueta", o "La Voz de Vegueta", o cualquier otra fórmula que incluyera las palabras "gaceta", "opinión" o "correo", todas ellas cargadas de tradición en la prensa española. Por el contrario, su responsable escogió *El Heraldo de Vegueta* como nombre con el que llenar la cabecera de esta nueva publicación, tal vez como homenaje a ese otro tiempo en el que los heraldos daban título a los periódicos más respetados del mundo. Algunos persisten en la actualidad, como el *New York Herald Tribune* o *El Heraldo de Aragón*, pero se trata de cabeceras fundadas en siglos anteriores, y no es habitual que un periódico creado en los últimos ochenta años, y mucho menos una publicación digital de 2020, recurra a este vocablo para identificarse a sí mismo. De hecho, y sin ánimo de ofender, es posible que este título no transmita exactamente la idea de actualidad y modernidad que las editoriales suelen buscar para sus periódicos, aunque también es posible, e incluso probable, que precisamente esa reminiscencia arcaica, ese tono sepia que evoca la palabra, sea lo que hizo a Eduardo Reguera decidirse por ella.

En las islas Canarias, si no me salen mal las cuentas, los primeros heraldos fueron *El Heraldo de Canarias* y el *Heraldo de Las Palmas*, que salieron a la luz en La Laguna y en Las Palmas de Gran Canaria, respectivamente, de manera casi simultánea en mayo de 1896. El último, hasta ahora, puede que fuera el *Heraldo de Arucas*, que se imprimió en esta ciudad norteña en 1932; aunque tampoco sería justo que nos olvidáramos de un caso aislado que se produjo en 2017, cuando la

denominada Comisión de Intelectuales Ácratas publicó su fanzine *El Heraldo Grotesco*, que pudo haberse convertido en un interesante órgano de expresión si hubiera logrado ir más allá de su primer número. Entre medias el término fue utilizado por una quincena de periódicos y revistas de todo pelaje repartidos por no pocas poblaciones insulares. Hubo *Heraldo de Gran Canaria*, *Heraldo de La Laguna*, *Heraldo de Tenerife*, *Heraldo de La Orotava*, *Heraldo de La Palma*, *Heraldo de Lanzarote*... Hubo *Heraldo Cristiano* y *Heraldo de la Fe*. E incluso hubo más de un periódico, en distintos lugares y fechas, que se titularon simplemente *El Heraldo*. Es más: si nos pusiéramos quisquillosos también tendríamos que añadir a la lista un segundo *Heraldo de Canarias*, impreso en 1897 en la ciudad de La Habana para la comunidad canaria residente en la isla caribeña.

El heraldo más llamativo, al menos desde un punto de vista estético, fue el número 34 de un *Heraldo de Las Palmas* que se publicó entre 1910 y 1911. Aquel número especial salió de la Imprenta y Litografía de J. Martínez el 17 de marzo de 1911, pero estaba dedicado a un acontecimiento que había tenido lugar el 19 de febrero anterior: la Asamblea de las Canarias Orientales, donde las autoridades de Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote pidieron unánimemente la división provincial con el apoyo de grandes multitudes que abarrotaron Vegueta y Triana. El ejemplar prodisionista traía unas cubiertas de papel satinado en las que se representaba la imagen de un heraldo bajomedieval de reminiscencias épicas y conquistadoras, con toda la simbología local y nacional



Heraldo de Las Palmas (1911).

que requería la ocasión. Mucho más sosegado y mucho menos beligerante es *El Heraldo de Vegueta*, que se une ahora a todos aquellos heraldos periodísticos previos enriqueciendo la historia de la prensa con una publicación amable, amante de la historia pequeña de lo que fue cotidiano. Una publicación que, como heraldo, anuncia con

su trompeta todo lo bueno que nos queda.

Larga vida.

Luis Regueira Benítez



www.retrografias.com



¡EL HERALDO DE VEGUETA TE BUSCA!

¿Tienes un artículo, un poema, o un relato guardado en el cajón y te gustaría publicarlo?

¡Envíanoslo! elheraldodevegueta@outlook.com



Silvestre de Balboa, de escribano a fundador de la literatura cubana

José Antonio Quintana García

El ondular de las olas, una y otra vez. La vista se pierde en el horizonte y detrás Vegueta, el barrio natal, en Las Palmas de Gran Canaria, es un punto diminuto que se esfuma, entre las nubes y el mar. Sigue la ruta que miles surcarán en busca de mejoría material. Sin embargo, él, Silvestre de Balboa Troya, también quiere satisfacer otras necesidades porque es un hombre culto, estudioso de los clásicos de la lengua española, discípulo del ilustre poeta Bartolomé Cairasco de Figueroa. Además, siente un galopar, una inquietud por conocer las tierras del Nuevo Mundo.



En la Plaza del Espíritu Santo se encuentra la casa natal de Silvestre de Balboa.

Es un caso atípico entre los paisanos emigrantes, en su mayoría labriegos rudos, domadores de montañas y suelos escasos de agua. El año exacto de aquel viaje sin regreso es desconocido. Los historiadores refieren que ocurrió, aproximadamente, en 1592. Para el joven, hijo del andaluz Rodrigo de Balboa y de la canaria Úrsula Rosales de Troya, Cuba era un lugar de atracción que fascinaba. Se contaba de sus tierras fértiles, de sus ríos, de sus hermosas playas, del pasto abundante para el ganado, de las maderas preciosas. En su mente debió considerar que iba hacia el paraíso y el viaje se hizo demasiado largo. La ansiedad lo devoraba cuando divisó la costa. Sintió entonces que dejaba atrás una etapa de su vida.

BAYAMO

El itinerario de Balboa, luego del arribo a la Mayor de las Antillas, es una incógnita, como tantas otras en su vida. Lo cierto es que la primera noticia que se tiene de él, lo ubican

en Bayamo, villa fundada por el conquistador Diego Velázquez el 5 de noviembre de 1513 en la zona oriental. En la segunda década siglo XVI, la villa San Salvador de Bayamo fue el centro del poder político de la isla. Allí estaban las fundiciones de oro y constituyó un punto de abastecimiento muy importante para garantizar la conquista de tierra firme.

Con el tiempo fue perdiendo su prevalencia y, dado su lugar alejado de La Habana y Santiago de Cuba, los vecinos desarrollaron el comercio de contrabando, fundamentalmente de cueros y carne salada con naves extranjeras. Así se libraban de los abusivos impuestos y del monopolio sobre el comercio por parte de las instituciones representantes de la corona española, sus gobernantes locales y el clero. En esta ciudad rebelde se estableció Balboa. Es conocido que en 1596 era alcalde ordinario de la villa de Bayamo, cargo relevante en la Colonia. De acuerdo con documentos de la época, la urbe alcanzó prosperidad por el comercio ilegal, el cual llegó a extenderse de tal modo que también participaban las autoridades civiles y eclesiásticas. Tal fue el ambiente encontrado por el canario ilustrado.

PUERTO PRÍNCIPE

La villa de Santa María del Puerto del Príncipe, fundada alrededor de 1514, sería el destino definitivo del escritor. En 1600, el Cabildo lo nombró escribano público y de número. Allí también vivía su hermano Rodrigo. Participó en tertulias con otros intelectuales y fue asimilando las costumbres de aquel pueblo de ganaderos y hacendados. Entre los nuevos amigos se hallaba el oficial del ejército Lorenzo Lazo de la Vega, quien también cultivaba la poesía. Pudo conocer el rico imaginario de la población, las leyendas y mitos que brotaban de la tradición oral.

Según el historiador Juárez Cano, tenía interés Balboa por los temas históricos, gustaba de coleccionar datos, documentos y hasta organizó en su vivienda un museo arqueológico sobre los aborígenes cubanos, todo desapareció durante el incendio ocurrido en 1616.

Había entonces en Puerto Príncipe un gran canario muy conocido de nombre Francisco de la Coba y Machicao, quien logró acumular una gran



nestor damaso del pino

fortuna. Muy cercano a los círculos de poder gozaba de prestigio social. Pero a Silvestre de Balboa no eran estos méritos lo que más llamaba su atención, sino su hija Catalina, quien afortunadamente respondió a su amor y contrajeron nupcias.

ESPEJO DE PACIENCIA

La trascendencia de Balboa, el lugar que ocupa en la historia de Cuba, se debe a la obra *Espejo de Paciencia* (...) un poema épico de 145 octavas en dos cantos, valorada como una de las manifestaciones más breves de la epopeya en lengua española de los siglos XVI y XVII. Relata "hechos históricos ocurridos en Bayamo y Manzanillo el 29 de abril de 1604 y días siguientes: el secuestro del obispo de la Isla, el dominico Juan de las Cabezas Altamirano, por el corsario francés Gilberto Girón; la liberación a cambio del pago de un rescate y la refriega que enfrenta a veinticuatro vecinos de Bayamo con Girón y sus hombres en la playa de Manzanillo, en la que Girón muere a manos del negro Salvador, héroe de una milicia popular formada por criollos, colonos, metropolitanos, negros, indios, portugueses y canarios". [Víctor Rodríguez Gago: *Bodegones baquianos: el «Espejo de paciencia» y la selva de Doramas*].

El texto fue escrito en 1608, sin embargo tuvo que esperar hasta 1838 para ser "descubierto" cuando el escritor e historiador José Antonio Echeverría halló una transcripción del poema dentro de la *Historia de la Isla y Catedral de Cuba (1766)* de Pedro Agustín de Morell de Santa Cruz.

Finalizamos estos breves apuntes con las palabras del ensayista Luis Pérez-Simón, quien refiriéndose a Es-

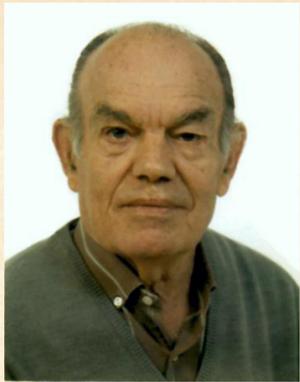
pejo de Paciencia expresó: "Aunque el poema cuenta con algunas técnicas barrocas, es más bien el espíritu del Barroco el que impregna la obra del autor. Balboa se sirve de ese espíritu para crear una conciencia e identidad propia, criolla. Balboa reafirma dicho pensamiento mediante la representación mimética de la realidad (i.e. gente, paisaje, fauna, flora, etc.) por medio de tropos barrocos expresivos y sencillos como la enumeración, la ornamentación y la antítesis. La incursión de esos elementos de la realidad americana en el poema muestran la preferencia de Balboa por identificarse con la Isla y no con la península, lo cual le permite la (re)presentación de una sociedad nueva, heterogénea, transcultural e híbrida - lo que se ha señalado como la base de una patria criolla cubana. La literatura se convierte entonces en un fórum fundamental para ejercer ciertas demandas insulares y americanas para construir una base ideológica que se enfrente a la hegemónica europea. Digamos pues, que Balboa produjo la primera obra criolla de la Isla, y por ende, cubana".

(Ver "Del otro lado del espejo: re-escrituras de *Espejo de paciencia* en la literatura postrevolucionaria cubana", en <https://docplayer.es>)



Asociación Cultural
Silvestre de Balboa

Las guaguas



PACO "EL PAISA"

En la época de la Asociación Patronal de Jardineras Guaguas, el control de las salidas de las guaguas era totalmente manual: a golpe de pito. Lo hacían unos profesionales como la copa

de un pino que tenían la categoría de Jefes de Tráfico. Muchos habían sido antes cobradores e inspectores, lo que les hacía tener un conocimiento muy amplio de la carretera y del comportamiento del personal. Solían prestar sus servicios en las terminales de la Plaza del Ingeniero Manuel Becerra, el Teatro Pérez Galdós, la Alameda de Colón, la Bajada de San Nicolás y los Mercadillos Municipales de Vegueta. Cuando la plantilla lo permitía, había incluso quien prestaba servicios en la terminal de la Avda. del General Franco (hoy Primero de Mayo) y en la semi terminal del Bar Texas, frente a la Dulcería La Tarta, en Schamann. En este punto se regulaba una línea 3 que tenía su trayecto recortado: la 3-10 circulaba entre San Nicolás y la Barriada de Escaleritas y la 3-11 circulaba entre Manuel Becerra y Scha-

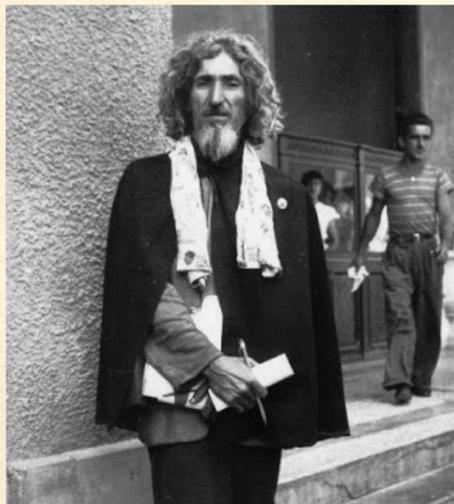
mann. Recuerdo en el alféizar del ventanal del Bar Texas una caja como una casita con un techo a dos aguas, donde estaba el teléfono al servicio de los citados reguladores del paso de las guaguas. La línea 3 se "partía" en Schamann porque en ese momento había una fuerte demanda hacia el puerto, y se interrumpía en Escaleritas porque según la franja horaria la demanda desde Ciudad Alta a la zona de Tomás Morales era considerable, básicamente de estudiantes que iban a los institutos. El mismo criterio se aplicaba cuando se ponía en el frontal de las guaguas el cartel de 3-4, que indicaba que la línea 3 interrumpía su trayecto en el Parque de Santa Catalina, porque las guaguas hasta Manuel Becerra sólo llevaban cuatro gatos. Quien iba a pensar que con el paso de los años este sería uno de los criterios

que se aplicaría al decidir la ubicación del Intercambiador de Santa Catalina. Volviendo a hablar de los Jefes de Tráfico, me viene a la memoria Francisco García Sánchez, un hombre serio y correcto tanto de expresión como en su forma de actuar. Se le conocía con el sobrenombre de Paco "El Paisa"; desconozco por qué.

Lo que sí sé de él es que era muy amigo de Antonio Abad Lugo Machín, el gran cantante cubano nacido en Sagua la Grande, más conocido por Antonio Machín. Cada vez que el intérprete de Angelitos Negros recalaba por Gran Canaria preguntaba dónde estaba de servicio Paco "El Paisa", y se pasaba largas horas charlando con él. Estoy seguro de que mi compañera Belkys Rodríguez no lo sabía.

Luis Cabrera Hernández

La pluma indiscreta



Siento haber faltado a la cita de la semana anterior. Me fue imposible hilvanar dos frases seguidas después de llegar de una fiesta que alguien me comentó que era por Halloween, aunque no se ajustara exactamente a la fecha de celebración. Traía una historia en el tintero, pero ni el Hemicraneal me libró del dolor de cabeza. Por cierto, me comentaron que anda al galope un virus mortífero y, como es posible que en octubre haya un nuevo confinamiento, adelantaron el festejo. No entiendo cuál es el problema. Los fantasmas somos inmunes a todo tipo de bichos y lo de confinarnos es sencillamente imposible.

En fin, en esta fiesta de disfraces para fantasmas celebrada en una casona que se quemó hace unos años en el barrio de San Nicolás, conocí a los más variopintos espíritus, incluso emigrantes como yo. Todos llevaban mascarillas y aunque rechacé la que me ofrecieron, el que decía ser el fantasma del Caballero de París me pidió amablemente que la usara pues el virus de marras es bastante cabroncete y no respeta la inmunidad fantasmal, según sus propias palabras.

Esa noche llegué a las tantas a mi habitáculo, dando tumbos y con la jaqueca martirizándome una vez más. El tal Caballero de París resultó ser un personaje de libro. No se despegó

de mí en toda la noche. Cada vez que veía mi copa vacía se levantaba del sofá donde nos habíamos acomodado y me la devolvía llena de un líquido rojo que él aseguraba que era vino de la mejor calidad. Me contó que había llegado hacía un par de años desde La Habana. Era lo que se dice un espíritu inquieto. Había nacido en Galicia y, cansado del frío y la lluvia, se fue a conocer la Perla del Caribe y allí murió a los 86 años de edad. Tenía el pelo largo y blanco y una espesa barba del mismo color.

Me habló de filosofía, de historia, de religión, de política. Con un tono de voz pausado y un marcado acento gallego me aseguró que en La Habana había trabajado en una tienda de flores, en una oficina de abogados, en una librería, confeccionando trajes para caballeros y hasta de camarero en hoteles de lujo. Lo habían bautizado como José María, pero nadie lo conocía por su nombre. Sin embargo, hasta los perros sabían quién era

el Caballero. No sé si intentaba ligar conmigo, lo cierto es que, inesperadamente, se quitó el sombrero, le dio la vuelta y dentro había una rosa blanca que depositó delicadamente sobre mi regazo. "¡Qué pena que no estemos en La Habana! Te llevaría al cabaret Tropicana a bailar un danzón bajo las estrellas", me dijo en un susurro.

"Cuéntame una historia habanera", le pedí mirándolo fijamente a los ojos. Se quedó pensativo unos segundos y luego comenzó a hablar. Y así conocí a Lucía Benítez, su amor platónico. La vio un día mientras caminaba por la calle Obispo, en la Habana Vieja. Ella estaba asomada al balcón, con la mirada lánguida perdida en la tarde calurosa. Él, desde la acera, se quedó extasiado contemplando la melena negra que se deslizaba sobre sus hombros y los ojos plomizos de Lucía. Sin poder evitarlo, comenzó a recitar un poema de Bécquer mientras el sol caribeño lo fustigaba. Ella, asombrada y conmovida, se quedó mirando

a aquella extraña criatura de melena larga y voz de actor de radionovelas. Cuando los versos se apagaron en los labios del Caballero, Lucía aplaudió con vehemencia. Inesperadamente, una sombra apareció detrás de la joven y una mano huesuda de grotescas venas la agarró fuertemente por el brazo. ¡Métete pa dentro, muchacha!

"Era el Ángel Exterminador, mi querida Ángela", dijo con tristeza y se me hizo un nudo en el estómago. "Aquella voz espantosa me reveló el nombre de la muchacha más bonita de La Habana, el amor de mi vida..." Calló y yo apreté el tallo de la rosa con fuerza. No sangré por razones obvias, pero un dolor intenso recorrió lo que había sido mi cuerpo. El Caballero fue a buscar otra copa e intuí que el resto de la historia llegaría más tarde, cuando el hombre de la melena larga recuperara el valor para contarla...

Ángela Vicario

El visor de Alberto Suárez



Sendero del Cubo de la Galga: el esplendor de la laurisilva. Puntallana (La Palma).

@alsnphoto



El tintero

SÍ, AGUSTÍN

Quería cerrar la boca. De verdad que quería cerrarla, pero, cada vez que conseguía apretar los labios, otro llanto la desafiaba al dolor y volvía a abrir la boca para que el frío golpeará sus encías y para que el gemido atormentado brotara con ese efecto visible y denso que nace en el invierno a causa del vaho.

Corría, corría dando algunos traspies y tropezando con los transeúntes que se volvían para mirarla e increparle algún: «¡Mire por dónde va!». O un «¿qué le pasa, ¿está loca?». Pero el chaquetón la hacía sudar y a duras penas le permitía expandir su llanto como debía, mucho menos podía volverse a contestar.

Su deseo era llegar cuanto antes a la estación de ferrocarril. Que el tren hacia Aldea no partiera sin que ella pudiera entregar los besos que negó a su amor la noche anterior, cuando le había pedido matrimonio. Al llegar al puente, logró distinguirlo parado con la maleta y el sombrero de lana que ella le había regalado. «¡Agustín!», gritó al tiempo que sus botas se hundían en un charco de agua. «¡Agustín! Digo que sí». Pero Agustín seguía de espaldas con los hombros rígidos. A tal distancia, sería imposible que lograra oírla.

Ana corrió y sacó la bufanda que llevaba en el bolsillo. La zarandeo enérgica por encima de su cabeza, con su vaho visible, con cada «sí, sí, quiero, ¡Agustín!», cada nuevo traspie y cada charco hundido que se le atravesaba durante el recorrido.

A lo lejos, vio el brillo del acero negro que se acercaba rápido, formidable, con su suave oscilación y con la articulación de las ruedas soportando el peso de los vagones. Agustín, rígido, y ella desesperaba por hacerse notar. El gentío se amontonó a lo largo del andén cuando llegó el tren con la estridencia de su silbido. «Ya queda menos», pensó a salvo de un metro cuando estiró el brazo para tocar su hombro y abrazarlo para siempre; pero Agustín se adelantó vertiginoso un segundo antes de que lo rozara. Ana tropezó con la maleta y la gente gritó. Entonces, a codazos, entró en el espacio vacío a orillas del andén. El gorro de lana ella veía. La cabeza de Agustín, también comprendía... Sobre las vías; su torso maltrecho se perdía en el revoltijo de un cuerpo al que debió entregarle su amor. Ana abrió la boca en un grito y lloró. Los jefes de estación, los avisadores, los maquinistas y los guardanoches dicen desde entonces que la mujer, a pesar de los años, vuelve cada día y repite con voz insistente: «¡Sí, Agustín, te digo que sí!».

Maríe Yuset



La chica de ayer

LA ENSEÑANZA DE LA VIDA

Cuando sientes que no perteneces a esta época y que cualquier tiempo pasado no conocido ni vivido es parte de tí, hay una extraña sensación que se apodera de tu mente y te hace estar la mayoría de las veces en otro lugar. Encontrar entre las páginas de un viejo libro la fotografía de mi padre Francisco con su hermano Bernardo en la escuela en los años 40, es uno de esos momentos en los que las emociones viajan muy lejos en un solo segundo. El mapa que sobresale tras ellos recuerda que el mundo ha cambiado tanto a nuestro alrededor... las transformaciones políticas ya no enseñan una Unión Soviética sino una Rusia, las guerras mundiales han variado territorios y también han dejado en la memoria muchos instantes para el olvido. Hoy conocemos la educación en una ordenada estructura por cursos escolares donde cada edad lleva consigo una formación, pero décadas atrás los niños que tenían la suerte de poder acudir al colegio estaban todos juntos en un aula y con un mismo maestro que enseñaba las materias básicas. Tal maestro ejercía casi como un sacerdote que estaba al servicio de la religión y la patria, existía una imposición de buena conducta por parte del estado, que era precisa para el acceso a los estudios de magisterio y para la posterior función docente. La posguerra en Canarias definió por tanto, como en el resto del estado, una escuela franquista orientada al patriotismo, la cultura religiosa y la moralidad. También la simbología y la educación autoritaria de rasgos fascistas fueron parte del sistema hasta la muerte del dictador. Las pocas plazas y el absentismo de la escuela pública fue uno de los grandes problemas del régimen, muchos niños debían colaborar en las actividades agrícolas ya que la mano de obra se hacía fundamental en la desamparada economía familiar isleña. El transcurso de los años ha dejado atrás aquella dura disciplina, dando paso a la democracia y la libertad, que hoy nos otorga unos derechos fundamentales y nos permite elegir. Y aunque no siempre cualquier tiempo pasado fue mejor, estoy segura que las vivencias que marcaron el crecimiento de nuestros padres y abuelos les dio el mejor de los aprendizajes, el de la vida.

Nereida Rodríguez Hdez.



L&B Revista digital
 Para escuchar a las mujeres sin excluir a los hombres
 actual <http://www.landbactual.com>

EL HERALDO DE VEGUETA

Han colaborado en este número: Luis Regueira Benítez, Eduardo Reguera, José Antonio Quintana García, Luis Cabrera Hernández, Belkys Rodríguez Blanco (bajo el seudónimo de Ángela Vicario), Alberto Suárez, Maríe Yuset, y Nereida Rodríguez Hernández.
 Los textos, fotografías e ilustraciones son propiedad de quien los firma.
elheraldodevegueta@outlook.com

—¡Ay, retrechera! Si yo te hubiese conocido hace nada más que treinta añitos...
 —Pero, don Seraffín, si eso hubiera sido muy difícil...
 —¿Por qué, monísima?
 —Porque en esa fecha todavía no había yo nacido.